«A beneficio de inventario»

2014: año de muertes

A la memoria de Fuensanta, que se nos fue en agosto

El año empezó mal, cuando allá por enero Juan Gelman y José Emilio Pacheco, de quienes tengo recuerdos y bastantes libros leídos, cerraban un periplo de vida y de escritura. Me repito alguna vez «llega noviembre y el pasado inmenso / hace ver el futuro que me falta», que son versos de *Ciudad de la memoria* de Pacheco. No sé qué le pasa a noviembre, cuando perfilo esta nota, que siempre es un mes reflexivo y triste.

Juan Gelman: memoria de un poeta y un resistente (14 de enero)

Hace unos meses, Juan Gelman decía desde México al periodista Bernardo Marín: «Se ha instalado todo un sistema para

recortarnos el espíritu...», y era la confesión, entre el pesimismo y la voluntad de resistir, de alguien que sabía que él ya no vería tiempos mejores; él, que había vivido sin duda los tiempos peores posibles en su país Argentina, en su exilio, en su duradera permanencia posterior en México. Nos evocó un día, en conversación aquí en Alicante, aquella peripecia vital terrible que fue la desaparición en 1976 de su hijo, Marcelo, la mujer de este, María Claudia, y una criatura, nacida tras la detención de la madre, a la que buscó en Uruguay hasta encontrarla con 25 años. Su hijo Marcelo y su mujer María Claudia fueron asesinados: «Hay que acostumbrarse a vivir también con esa historia», nos dijo en aquella conversación en la que la tristeza era interrumpida por pequeños recuerdos de esperanza, como los nietos que estaban en México y a los que alguna vez reunía en «asamblea de nietos»...

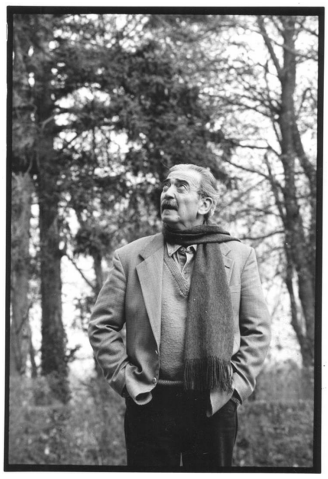


Foto de Daniel Mordzinski

Buscaba un poema para actualizarlo esta madrugada, cuando supe que había fallecido y, aunque Gelman no recurrió a lo social como materia predominante, he encontrado uno antiguo que me sirve por su vinculación a los días que vivimos, la «Oración de un desocupado», con ese padre distante (como lo fue en su día su actual representante en la tierra, el obispo de Buenos Aires, Bergoglio, cuando Gelman le pidió en 1976 que interviniera por la desaparición de sus hijos, y una prudencia jesuítica se lo impidió al actual Francisco) al que un parado implora para que se acerque y se dirige pidiendo que baje a contemplar su hambre, sus zapatos rotos, su angustia, su frío, y constata vallejianamente que le «golpean y golpean» y que no entiende, por lo que ya no encuentra resignación y «voy / a agarrarme la rabia y a afilarla / para pegar y voy / a gritar a sangre en cuello».

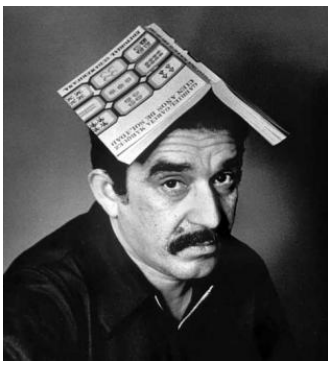
«Ha muerto un hombre y están juntando su sangre en cucharitas, / querido juan, has muerto finalmente. / De nada te valieron tus pedazos / mojados en ternura» escribió en el poema «Final» de *Gotán*, un libro del 62 con el que inició una nueva poesía en Argentina, que fue también «nueva poesía latinoamericana», en proximidad, junto a importantes diferencias, con la poesía conversacional de Benedetti, Parra, Dalton, Pacheco, Cardenal, Fernández Retamar, Urondo... poetas.

He evocado desde el momento en que he conocido la noticia algunos versos suyos, aquellos en los que amor, cotidiano, ausencia, ternura, reflexión poética y sociedad coexisten. Tengo siempre en la memoria versos preferidos, «La victoria», por ejemplo, que es un repaso a un cuaderno en el que el poeta ha escrito versos y sus hijos dibujaron «señoras amarillas, / elefantes que avanzan sobre paraguas rojos, / pájaros detenidos al borde de una página», camellos azules que descansan sobre la palabra ceniza, para, tras repasar las páginas, anotar que «una mejilla se desliza por la soledad de mis huesos, / el candor vence al desorden de la noche».

Premio Cervantes de literatura y tantos premios más. Gran Poeta. Resistente además hasta el final con toda la grandeza histórica que tiene también en nuestro siglo XXI la palabra Resistencia.

Recuerdo urgente de la soledad (17 de abril)

La década de los sesenta, que literariamente fue prodigiosa para la literatura en castellano, sobre todo por la procedente del otro lado del Atlántico, nos deparaba sorpresas estimulantes a los que, jóvenes, recibíamos algo que era muy diferente a lo que habíamos leído hasta entonces: conocimos a precursores inmediatos de aquel estallido literario como Miguel Ángel Asturias, Juan Rulfo, José Lezama Lima o Alejo Carpentier, y luego a nombres que se fueron convirtiendo en familiares como Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, etc., hasta un día, fue allá por el 67, en el que *Cien años de soledad* caía en nuestras manos y no sé cómo aún conservo sin tapas la segunda edición de ese mismo año, llena de anotaciones y de sorpresas.


Gabriel García Marquez

Durante años, este profesor de literatura explicaba *Cien años de soledad* como la novela esencial de un tiempo, y la obra de García Márquez, desde los precedentes de esta novela a todas las demás, como un momento único de la narrativa.

Aquella novela fue la obra para comentar todo el año 68, la que nos hizo entrar en un universo literario que era absolutamente nuevo y que sin duda poblaba la imaginación y el sueño y la palabra con una densidad desconocida: conocimos el hielo una tarde remota con Aureliano Buendía, y vimos a Melquíades demostrando la octava maravilla de los sabios de Macedonia... me acaban de llamar por teléfono en noche entrada para decirme que Gabriel García Márquez ha muerto hace una hora y he pensado solo en que no sé si Gabriel habrá tenido tiempo para salir al castaño próximo, pensar en el circo y notar que ya no encontraba el recuerdo; desde luego sé que una lluvia de flores amarillas caídas del cielo rodean ahora su casa de México; desde luego sé que habrá un día que, en medio de todas las destrucciones, acabaremos por descifrar los pergaminos que contienen nuestra historia, la que es irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre al tierra.

Macondo, capital de la Mancha

Fue el gran Carlos Fuentes, que nos dejó hace más de dos años, el que enunció en 2004 aquel inmenso espacio cervantino, lingüístico y cultural, que se debe llamar ya para siempre: «territorio de la Mancha». Son los límites geográficos del español, insinuando también dentro de ellos los del portugués, los

que hacen que una región inmensa, con el Atlántico en medio –océano que es puente y no separación–, tenga una literatura universal, recordada, leída, traducida, que puede ser transitada por más de quinientos millones de hablantes. Hará bien esta nutrida población en reconocer como punto de partida aquella frase originaria: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...».

En ese extenso territorio, una novela escrita por Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, ocupa por derecho de escritura y difusión un valor literario central, aunque solo sea por los más de cuarenta millones de ejemplares que de la obra se han vendido.

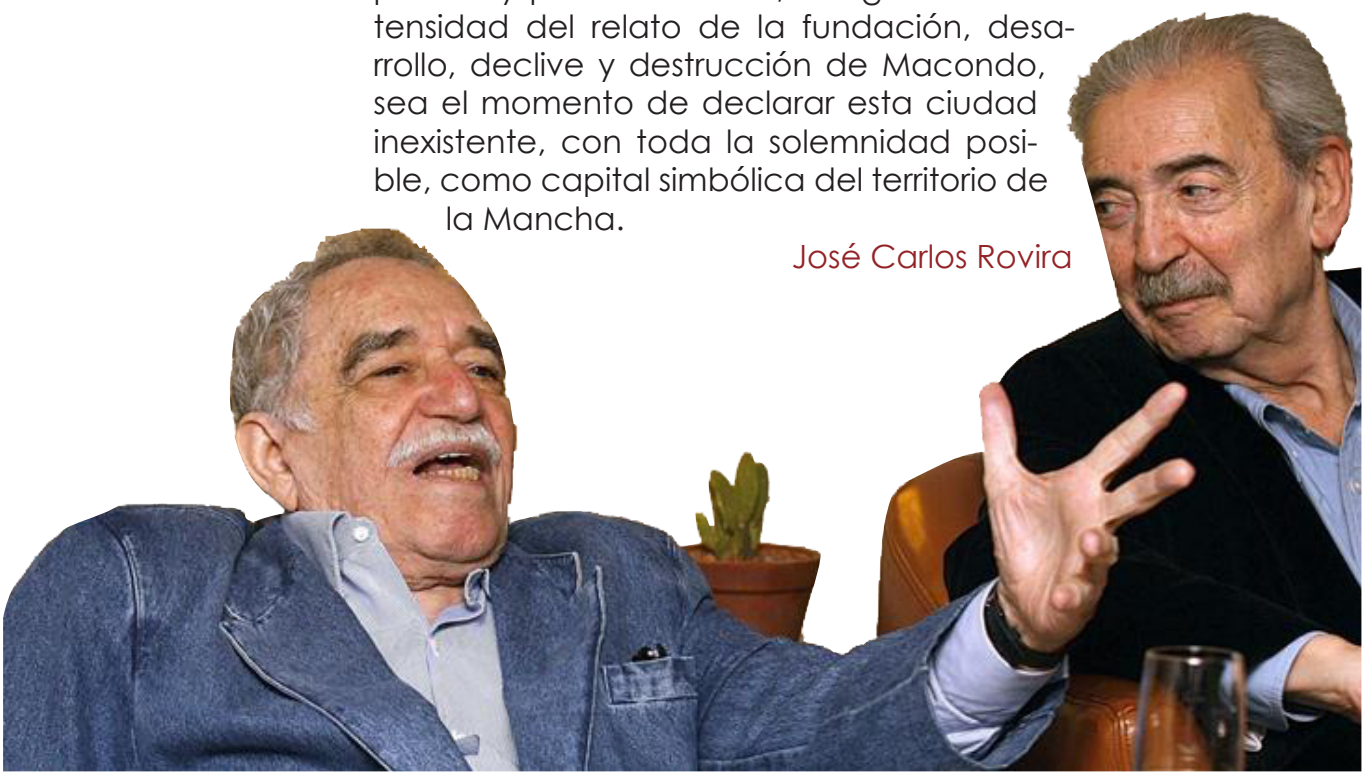
Me he planteado alguna vez, quizá como un fragmento de una «novela de la escritura» que nunca terminaré, aquel momento en el que un hombre de cuarenta años acababa de publicar la obra en 1967 y empezaba a saber que, desde los primeros días, la novela se estaba convirtiendo en un *best-seller*. Hablaron los de la Editorial Sudamericana de ocho mil ejemplares vendidos en muy pocos días, de una segunda edición inmediata, de otras sucesivas y de traducciones próximas al inglés, al francés, al italiano, al ruso, a treinta y pico lenguas. Empezaron a llegar los premios y quien sin duda había escrito una novela importante tuvo que sufrir la soledad del triunfador. Los preparativos de *Cien años de soledad*, que son en cualquier caso obras autónomas y suficientes desde *La hojarasca* (1955) a *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), pasando por *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *La mala hora* (también de 1962), no habían sacado al joven periodista de un casi anonimato inseguro, hasta el día en que decidió encerrarse en su casa y crear el mundo. El Nobel de Literatura en 1982 corroboró el valor de su producción.

A partir de 1967 me imagino un tiempo de triunfo difícil: si alguien había escrito esa novela, *Cien años de soledad*, antes de los cuarenta años, si la saga de los Buendía empezaba a producir, junto a dinero, críticas, estudios, tesis doctorales (como la *Historia de un deicidio* que el joven Vargas Llosa leyó en la Complutense de Madrid con otro título bajo la dirección de Zamora Vicente en 1971), ¿qué podía hacer a partir de aquí? ¿Reiterar un mundo que indudablemente había triunfado?

García Márquez no asumió por supuesto ni la reiteración ni la continuidad de escritura en ningún término parecido. Tengo analizado por alguna parte cómo el autor decidió empezar a escribir novelas de nuevo, romper el modelo que lo había consagrado todavía joven, cambiar estrategias y estructuras narrativas que no pudieran recordar ni *Cien años de soledad* ni la serie preparatoria de la misma: surgieron así *El otoño del patriarca* (1975), *Crónica de una muerte anunciada* (1981), *El amor en los tiempos del cólera* (1985), *El general en su laberinto* (1989) y *Del amor y otros demonios* (1994) como ejemplos singu-

lares y duraderos de una nueva vigencia narrativa que reconstruyó su escritura con nuevas estrategias y personajes. Junto a estas, una producción amplia de cuentos, crónicas, memorias, van densificando un universo cultural y literario que algunos han querido malentender y sobre todo disminuir planteando a García Márquez como autor de un único libro.

Considero personajes como el dictador-patriarca, o Santiago Nasar, o Florentino Ariza y Fermina Daza, o el Bolívar ficcionalizado en sus últimos días, o Cayetano Delaura y Sierva María de Todos los Santos, correspondientes a los títulos que he citado antes, tan fuertes narrativamente como los Buendía, tan capaces de aglutinar un relato, siempre con múltiples figuras alrededor, que nos hacía entrar en la novela y seguir sus páginas con la pasión lectora de quien no quiere acabar lo que está leyendo...

Volveré y concluiré con Macondo, la fundada por José Arcadio Buendía como «una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas», la de la ciénaga próxima, la del sueño del primer Buendía en el que las casas tendrían «paredes de espejo», la de la peste del insomnio, la de la reconquista de los recuerdos, la de la empresa bananera, el ferrocarril, la violencia, el crecimiento y desarrollo, la del ciclón final que la destruye mientras Aureliano Babilonia descifra los pergaminos de Melquíades donde está escrita la historia y la destrucción... es siempre tarea profesional señalar las ciudades imaginarias juntas, la Comala de Juan Rulfo, la Santa María de Onetti, o, en inevitable perfil de fuentes literarias, el condado de Yoknapatawpha de William Faulkner, pero hoy probablemente, acogiéndome a la intensidad del relato de la fundación, desarrollo, declive y destrucción de Macondo, sea el momento de declarar esta ciudad inexistente, con toda la solemnidad posible, como capital simbólica del territorio de la Mancha.

José Carlos Rovira